

LA TERRAZA



JOAN DE SAGARRA

La *rentrée* (la original, la francesa): Aznavour actuará en el Olympia del 7 de septiembre al 6 de octubre. El cantante, que el pasado 22 de mayo cumplió 87 años, se niega a retirarse. Desde que en el 2004 cumplió 80 años y anunció su retirada con una serie de recitales en el Palacio de Congresos de París, nadie le cree, pero el tema de su posible retirada de los escenarios se ha convertido en pregunta obligada en las entrevistas que concede Aznavour. Óscar Caballero, sin ir más lejos, le entrevistaba el pasado verano en *La Vanguardia* con motivo del recital que el cantante daba en Cap Roig (16 de agosto). La entrevista de Caballero se abrió con esta pregunta: “¿Por qué sigue en activo?”. “Me niego a tirar la toalla. La jubilación es la antecámara de la muerte”, le respondía Aznavour.

Aznavour es de los que creen que cuando uno deja de cantar está perdido, está muerto. Pero lo que tal vez no sabe Aznavour es que seguir cantando a partir de

“Me niego a tirar la toalla. La jubilación es la antecámara de la muerte”, afirma el cantante

una cierta edad puede acelerar la muerte. No creo que sea su caso (Aznavour suele visitar regularmente a su médico y se cuida mucho: los días que no tiene actuación, a las nueve y media se va a la cama), pero sí ha sido el de muchos otros cantantes. Como el de Edith Piaf, que fue la que nos descubrió a Aznavour, en 1946. La Piaf sabía que no estaba en condiciones de salir a cantar y que cada aparición suya suponía un riesgo, pero lo asumía. Había algo de autodestructivo en las últimas apariciones de la Piaf. Y el público lo sabía y llenaba las salas aguardando a que la Piaf se desplomase (ocurrió más de una vez) y cayese muerta en medio del escenario. La relación entre la Piaf y su público, sobre todo en los últimos años, tenía un algo, o un mucho, de morboso.

Aznavour anuncia que en sus recientes recitales en el Olympia de París no siempre actuará de pie. “Algunas canciones las interpretaré sentado”, dice. Para un cierto público, que ha visto como un intérprete excepcional, Henri Salvador, mayor que Aznavour, se movía como un chaval en el escenario del Grec, la noticia no de-



Charles Aznavour en una actuación del pasado martes, en el canal de la televisión francesa France 2

LIONEL BONAVENTURE / AFP

Aznavour, al pie del cañón

be haberle hecho mucha gracia. Y más si al cantante le falla la voz o se olvida de la letra de algunas canciones como le ocurrió en el Palacio de Congresos de París, en 2004, cuando fui, inocente de mí, a presenciar su “despedida” de los escenarios.

Pero ese público siempre será un público minoritario. Me juego una caja de Partagas 898 –o un Jameson, mi whisky irlandés– que los recitales de Aznavour en el Olympia se van a celebrar a *guichets fermés* (como el título de un recital de Aznavour en el mismo Olympia, en 1978). A taquilla cerrada, todo vendido con antelación. Y el público será el siguiente: entre un 15 y un 20 por ciento de incondicionales de Aznavour, un público mayor, que lo mismo

le da que cante *Jezebel*, *Sur ma vie* o *La Mamma* sentado en una silla o tumbado dentro de un ataúd (“Que c’est triste Venise...”); un 40 o un 50 por ciento de un público que, sin ser un incondicional de Aznavour, no se resiste a perderse uno de sus últimos recitales, quien sabe si el último, del “decano de la *chanson* francesa”, todo un mito viviente (como en el caso de la Gréco, Juliette Gréco, tres años más joven que Aznavour y descubierta tres años después que él, en 1949). Y el resto una suma de un público joven, que ha conocido a Aznavour a través de los homenajes que le han tributado jóvenes cantantes (como Benjamín Biolay); un público de turistas que visitarán París por esas fe-

chas (en especial japoneses, donde Aznavour es muy querido desde los recitales de Tokio en 1968, 1971 y 1976), y, por último, un buen puñado de armenios de los

El público quiere ver es el esfuerzo del decano de la ‘chanson’, por eso agota las entradas

que Aznavour es su ídolo y embajador universal.

Si Aznavour se niega a tirar la toalla no es por dinero (le basta y sobra). Sigue cantando porque sabe, que a pesar de todas sus limi-

taciones, fruto de la edad, llena los escenarios. No es muy riguroso consigo mismo, pero se entrega a su público porque sabe que ese público le va a aplaudir, y le va a aplaudir todavía más cuando vea que canta en una silla, que desafina o se come la letra de sus canciones. Lo que ve ese público, lo que quiere ver, es ese esfuerzo que hace Aznavour, el esfuerzo que hace ese viejo cantante por seguir ahí, al pie del cañón, cumpliendo el rito sagrado que le es asignado al decano en activo de la *chanson* francesa.

Aznavour sigue cantando, sigue editando discos (el próximo CD, *Aznavour Toujours*, está al caer) y publicando libros (el último, de este año, *D’une porte à l’autre*, la continuación de sus memorias). A los que le reprochan este último disco (con canciones “valientes” sobre la homosexualidad y el sida), alegando que se trata de un disco más, del todo innecesario, Aznavour les responde con la canción de siempre: que el único disco que sobra es el que no se vende y, claro, él los vende todos.

Yo comparto las críticas que se le hacen a Aznavour por su escaso rigor consigo mismo. Pero el personaje me cae simpático. Su afirmación de que el disco que sobra es el que no se vende es del todo consecuente con lo que conocemos como el mercado del arte. Aznavour es generoso y es un buen amigo: me hizo llegar el libro de su hermana Aïda Aznavour-Garvarentz, *Petit frère* (Robert Laffont, 1986), diciéndome que era lo mejor que se había escrito sobre él (incluyendo sus propios recuerdos). Le recordaré siempre en *Tirez sur le pianiste*, la película, espléndida, de Truffaut. Y además es el autor e intérprete de *Sur ma vie* (que le oí cantar en el Emporium, en los años cincuenta), *Il faut savoir* y *Je hais les dimanches*, que tanto indignaba al coco (comunista) de Ives Montand. Ahí es nada.●

¿VALE LA PENA?

Sí Un millón de gracias le sean dadas al gran Stéphane Hessel por sus recientes declaraciones en Madrid. El papa de los indignados nos convida a votar al PSOE si el PP “encarna lo contrario de los indignados”. El problema surge cuando un indignado nos dice que da lo mismo votar al PSOE que al PP. Como dice el señor Duran Lleida, “ellos se lo guisan y ellos se lo comen”. Yo, con el permiso del señor Hessel y del señor Duran, votaré al cardenal Rouco Varela.



No La librería Jaimés (Pas-seig de Gràcia, 64), la mejor librería francesa de Barcelona, se supera. Hace unos meses, denuncié que cargaban demasiado el precio de los libros franceses, como un 25% de más. Pues bien, esta semana les compré una novela de Jean-Pierre de Lucovitch, *Ocupe-toi d’Arletty!* (Plon), cuyo precio en Francia es de 19 euros y me cobraron 28,80 euros. Una pasada. Sale más a cuenta viajar a Perpignan y cargar la bolsa en la FNAC.